

Memorandum  
Sobre la Cultura que necesitamos  
Feria del Libro  
Noviembre de 1989.-

---

1. Los países dependen cada vez más de los conocimientos, los mensajes y los símbolos que producen, adaptan, ponen en circulación y usan. La educación, la información, la ciencia y la técnica, las comunicaciones, el arte, en fin, todo lo que hace parte de la cultura se ha transformado en una fuerza crucial del desarrollo contemporáneo.

2. Evidentemente, la cultura tiene un sentido que va más allá del desarrollo entendido como puro crecimiento económico y material. Nos proporciona el horizonte dentro del cual pensamos y existimos. Define la calidad y el estilo de nuestras vidas y relaciones. Moldea nuestras percepciones, nuestro imaginario y nuestro lenguaje. Ella responde a los grandes problemas que mueven a la humanidad y se hace cargo de los temas vitales del individuo. Nos lleva a explorar lo desconocido, a entender nuestro entorno, a crear y recrear la realidad, y transforma el mundo para volverlo más habitable, más interesante, más hermoso y más justo.

3. En estos años del autoritarismo, la cultura nacional --nuestra cultura, la que hemos construido a lo largo de la historia-- fue como un espejo de nuestras fortalezas y también de nuestras debilidades.

En ella se mantuvieron vivas las mejores energías y tradiciones del país y no lograron ser apagadas. En la cultura de la sociedad siguieron vivos nuestros ideales y anhelos de libertad, de tolerancia, de una vida en paz, de participación y justicia. Estoy seguro que en el futuro, cuando se escriba la historia de

estos años, los mejores y más profundos testimonios se encontrarán en los libros de poesía escritos bajo la dictadura, en las pinturas y obras de teatro de nuestros artistas, en los ensayos e interpretaciones de nuestros investigadores.

Pero también nuestras debilidades quedaron reflejadas en la cultura de estos años. El silencio acomodaticio frente a las violaciones de los derechos humanos, la falta de reacción de los grupos ilustrados cuando se quemaron libros, censuraron obras o prohibieron exposiciones. Una oscura corriente irracional y primitiva emergió a la superficie de nuestra cultura y no podemos escabullir el conocimiento de que ella es también parte de nuestra sociedad.

4. Quizá podría pensarse que las sociedades contemporáneas son fuertes y desarrolladas según el grado de apoyo y libertad que concedan a la cultura y a los que trabajan para crearla, transmitirla y difundirla.

En este sentido pienso que la experiencia autoritaria fue un grave retroceso para Chile. Las principales instituciones de la cultura fueron sujetas a intervención y vigilancia. Así ocurrió con las universidades, con los medios de comunicación, con la impresión y circulación de diarios, revistas y libros, con las expresiones del arte y la música. No quedó ámbito de la cultura que no fuera sometido a controles, ahogándose su libertad y restándole autonomía.

5. Más encima, el Gobierno actuó frente a la cultura con criterios estrechamente económicos, restándole apoyos y estímulo en nombre de un mezquino cálculo de rentabilidad. ¡Cómo si la cultura pudiera medirse por el retorno que produce en utilidades! De haber actuado así, la humanidad estaría todavía pegada a sus

tecnología más simples y atrapada en una red de ignorancia y atraso.

Ningún país, en ninguna época, bajo ningún régimen económico o político, ha podido crecer y progresar, ni se ha hecho más libre y autónomo, sometiendo la cultura al cálculo de su rentabilidad económica. Aquí en cambio, entre nosotros, alguien llegó a proclamar que "el arte debe ser manejado con las mismas técnicas de "marketing" que se usan para vender un refrigerador o una licuadora".<sup>1</sup> Y hace unos años, un funcionario del Ministerio de Educación declaraba, orgulloso de su descubrimiento: "considerando que el mundo de hoy se rige por las leyes de la oferta y de la demanda, creo que a la actividad cultural no le queda más alternativa ~~que jugar~~ que aprender esas reglas y jugar con ellas. (...) Desde este punto de vista, concluía, es importante reemplazar el concepto de cultura gratuita por el de cultura pagada".<sup>2</sup>

Claro, con esos criterios es probable que no se habrían levantado las catedrales de la Edad Media, ni habrían florecido las ciencias, ni existiría educación gratuita y universal para los jóvenes, ni el hombre habría llegado a la luna o vencido las enfermedades que todavía ayer arrasaban a los países. La música estaría reservada para los que pueden pagar, a los investigadores se les cancelarían por descubrimientos y los mejores escritores serían aquellos que producen best sellers. La cultura sería un mercado de ídolos y de baratijas y los creadores y artistas estarían sujetos a los inversionistas y contadores.

---

<sup>1</sup> Cesar Sepúlveda, declaración a El Mercurio, 5.8.1979

<sup>2</sup> S. Quintana, jefa del área de cultura, Ministerio de Educación, en Revista Cal, n.3, 1979

6. En realidad, la cultura de un país vive, primero que todo, de la libertad de los creadores, de su pasión por producir obras y escribir libros y hacer música e investigar lo desconocido. Sin libertad no hay cultura. Para probarlo podemos preguntarnos, ¿qué herencia estrictamente cultural, nueva, creativa, interesante, significativa, nos deja por legado el autoritarismo? ¿Dónde están los artistas del régimen, cuáles son los intelectuales de la cultura oficial? Por el contrario, desde lejos nos canta Victor Jara y nos hablan Neruda, Jorge Millas, Sabella, Eduardo Hamuy, igual como más cerca de nosotros, en nuestro tiempo, redescubrimos las voces de Chile en tantos y tantos libros que hoy día están expuestos aquí y que nos hablan del país verdadero, de sus exilios y sus golpes, de sus heridas y sus esperanzas.

7. Pero la cultura, en toda la extensión de sus manifestaciones, necesita además del apoyo y el estímulo y el reconocimiento del país y los órganos públicos. No puede quedar entregada la educación de nuestros jóvenes, o sea el futuro de Chile, a una transacción de mercado donde el que puede compra y el que no permanece en la ignorancia y el atraso. No puede la ciencia vivir solamente de contratos ni tratarse a las expresiones del arte como si fueran bienes de consumo, refrigeradoras, licuadoras y aretes.

Digámoslo claramente: la cultura está hoy día tan unida al trabajo, el comercio e incluso a la publicidad, como lo está, en su profundo entramado humano y social, a la gratuidad, la aventura del espíritu, la generosidad y la solidaridad. Dejar caer uno de los lados de esa ecuación produce monstruos, pero no la cultura que expresa la riqueza de la nación y las potencialidades de los individuos.

8. Por eso mismo el Estado, que es una creación de las civilizaciones y de la cultura humana y no como parecieran creer algunos una pesadilla de la humanidad, necesita garantizar las condiciones para el libre desarrollo y la inversión social en todos los campos del conocimiento y las creaciones culturales.

No necesitamos un Estado, como el autoritario, que intervenga y controle y censure y prohíba la cultura. Todo lo contrario: necesitamos un Estado que garantice las libertades, que distribuya mejor las oportunidades de acceso a la cultura, que asegure iguales condiciones para todos, que invierta en educación y en las universidades, que fomente la ciencia y la tecnología, y que estimule el desarrollo de las artes y de la cultura en general.

Cuando el Estado abandona ese papel no sobreviene el "reino de la libertad" sino que impera la fuerza de los que tienen más recursos. Entonces la televisión se transforma en una prolongación de los grupos económicos, la prensa se convierte en monopolio de los más poderosos y la mejor educación va a dar a los grupos más educados, en una infinita espiral de desigualdades.

9. Por último, hay que tener claro que cuando hablamos de cultura ya no hablamos de una pequeña élite ilustrada que asiste a la Opera, conversa entre sí y cultiva su distinción en los salones de la ciudad. Esa cultura, la cultura señorial de antaño, ha quedado superada en todas partes del mundo.

La cultura contemporánea, por el contrario, es un importante fenómeno masivo. En Chile estamos hablando de más de 3 millones de estudiantes, de alrededor de 150 mil docentes, de una televisión que está presente en prácticamente todos los hogares del país, de una emergente industria cultural, de un gasto anual

de 628 millones de dólares en el sistema de enseñanza, de varios miles de investigadores trabajando en las distintas áreas del saber, de más de 100 millones de dólares anuales gastado en ciencia y tecnología, de cientos de miles de diarios y revistas que circulan mensualmente a lo largo del país. Y todo esto es todavía insuficiente: pues necesitamos gastar más y ampliar por todos lados el acceso y la participación en la cultura si de verdad queremos desarrollarnos, crecer, distribuir con equidad y conquistar la modernidad para todos.

Un universo tan complejo, masivo y voluminoso de personas, medios y recursos, que supone cada día nuevos avances en las tecnologías empleadas y en los conocimientos producidos y aplicados, no puede quedar entregado a su suerte, desprovisto de protección pública y del esfuerzo de todo el país por invertir, estimular y desarrollar sus actividades.

Efectivamente, de no hacerse, seguiremos a medio camino: con una educación de desigual calidad y altamente selectiva desde el punto de vista social; con sectores de la industria cultural atrasados o subdesarrollados, como ocurre actualmente con el cine chileno por ejemplo; con limitaciones patentes en áreas vitales como es la del libro, cuyos costos son demasiado altos para extender y popularizar la lectura; con universidades que se van quedando atrás pues no pueden asumir los nuevos desafíos; con bibliotecas escasas, mal repartidas y que no se renuevan; con deficit de equipos para la investigación científica, y así por delante.

10. Termino estas palabras diciendo que es mi esperanza que mañana, pasada las elecciones, asentado otra vez el país en sus instituciones democráticas, podamos discutir los temas de la cultura y de su futuro en un ambiente de libre reflexión y crítica, incluso superando o reservando las diferencias

partidistas. Pues la cultura del país está más allá de nuestras divisiones ideológicas. Debe hacerlas posible, claro, que para eso tendremos democracia y pluralismo de ideas, pero el desarrollo de nuestra cultura nacional debiera finalmente ser asumido como una responsabilidad colectiva, y de los propios creadores en primer lugar. Sólo entonces podremos aspirar a reconocernos todos en esa cultura común; el lenguaje de nuestros sueños y de la realidad que queremos compartir, cambiar y mejorar.